



FRANCK THILLIEZ
LATIDOS

FRANCK THILLIEZ

LATIDOS

Traducción de Pablo Martín Sánchez

 Planeta

Título original: *Angor*

Publicado originalmente bajo el título *Angor*, © Fleuve Editions, Department d' Univers Poche

© por la traducción, Pablo Martín Sánchez, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17325-0

Depósito legal: B. 9.322-2017

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Viernes, 10 de agosto de 2012

Una joven automovilista de veintitrés años, implicada en un accidente de coche, ha sido encontrada muerta varias horas después del suceso, a un kilómetro escaso de su domicilio familiar, a las afueras de Quiévrain.

Sentada frente a su escritorio, la brigada Camille Thibault subrayó «encontrada muerta» y no se tomó la molestia de seguir leyendo. Cerró el periódico belga *La Province*, edición del 28 de julio de 2011, y pasó al siguiente sobre, que contenía un ejemplar del diario suizo *24 Heures*, de la misma fecha. Fue directamente a la sección de «Sucesos» y encontró de un vistazo lo que buscaba.

Se habían producido dos accidentes de carretera aquel 28 de julio, a unos treinta kilómetros de distancia. El primero no había sido mortal, ya que el impacto lateral no le había causado al conductor más que un traumatismo craneoencefálico. Camille desestimó el artículo al instante.

Los vivos no le interesaban.

En la foto del segundo aparecía una moto de gran cilindrada empotrada contra un quitamiedos. El titular decía: «Terrible drama en la carretera de Meikirch». La joven brigada bebió un trago de té verde sin azúcar, como queriendo alargar el

momento, y por último se centró en el texto. El accidente había tenido lugar al filo de la medianoche, en una autovía. El conductor de un vehículo, bajo los efectos del alcohol, no había visto al motorista y se había desviado hacia la izquierda cuando éste circulaba a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. El exceso de velocidad por un lado, el alcohol por el otro: dos circunstancias que habían desembocado inevitablemente en un baño de sangre. Encontraron al motorista a treinta y tres metros de su moto, una Ninja 1000 trucada.

Camille subrayó con rotulador amarillo fosforito «fallecido a consecuencia de múltiples traumatismos y hemorragias». Sus órganos habrían quedado dañados. Dejó de leer, desanimada, y guardó el periódico con los demás.

Otros seis diarios encargados en los cuatro rincones de Suiza y Bélgica... Para nada. Nerviosa como siempre que llegaba aquel tipo de correo, Camille actualizó el listado de su ordenador. Más de ciento cincuenta líneas indicaban las fechas próximas a su trasplante de corazón —los días 26, 27 y 28 de julio de 2011— y la procedencia de los diarios. Tras haber revisado todos los periódicos y semanarios de Francia, y haber examinado las noticias de sucesos una por una, había ampliado su campo de investigación a los países fronterizos.

En su archivo informático sólo había nueve líneas escritas en rojo.

Nueve esperanzas. Nueve esperanzas que habían terminado, tras comprobarlas, en nueve fracasos.

Camille cerró el programa, desanimada una vez más.

Se quedó mirando durante un buen rato el humo que desprendía su taza de té. Los interrogantes volvían día tras día, cada vez más numerosos.

«¿Quién eres realmente? —se preguntó—. ¿Dónde te escondes?»

Alejó con dificultad aquellos pensamientos y regresó a su pequeña oficina, a la Célula de Investigaciones Criminales (CIC) de la gendarmería de Villeneuve-d'Ascq. El cuartel era una ciudad dentro de otra ciudad, con sus once hectáreas de alojamientos, de oficinas, de instalaciones ocupadas por más de mil trescientos oficiales, suboficiales, cabos y guardias voluntarios con licencia para actuar en los cinco departamentos del norte de París. Olía a testosterona, pero Camille se encontraba a gusto entre tantos hombres. Un poco «marimacho», con aquel cuerpo robusto y aquellos hombros tan anchos para un pecho tan discreto. Su complexión disimulaba los secretos estragos que su organismo sufría. La fachada era bonita, vigorosa, y gustaba a los hombres.

En pleno mes de agosto de 2012, buena parte de los edificios —especialmente los de la sección de investigaciones en la que trabajaba— estaban en sus tres cuartas partes vacíos. Ningún asunto importante en curso, temperaturas infernales, el cielo cristalino previo a las tormentas anunciadas para principios de la semana siguiente. Los colegas habían abandonado las tierras del norte, y con razón. Era viernes, y las vacaciones de Camille empezaban justo una semana después. Tenía previsto pasar quince días en casa de sus padres, que se habían mudado a Argelès, en los Altos Pirineos. El programa era sol, algunas caminatas y un poco de lectura. Necesitaba desconectar después de todas aquellas búsquedas infructuosas en los periódicos y esperaba con impaciencia que llegara el momento.

Se acomodó frente al ordenador y empezó a preparar la jornada de formación que debía dar al cabo de un mes a los estudiantes del Instituto de Criminología y de Ciencias Criminales de la Universidad de Lille 2. Tendría que reci-

birlos en las dependencias, montar la escena de un crimen con un maniquí —seguramente en el pabellón de deportes— y mostrarles el comportamiento que un técnico de investigación debe adoptar al descubrir un cuerpo. Parecía sencillo, pero requería bastante preparación. Y hablar a más de diez personas a la vez no era lo suyo.

Sin darse cuenta, mientras reflexionaba, había estado jugueteando con el paquete de cigarrillos que había comprado por la mañana. Marlboro Lights, un paquete de quince.

—No me digas que vas a empezar a fumar a los treinta y dos años, brigada Thibault —dijo una voz masculina.

Camille guardó el paquete en el bolsillo de sus pantalones de trabajo, de color azul noche. Frente a ella se alzaba un hombretón de unos cuarenta años, con su polo azul cielo y el pelo rubio rapado. Una cara de bebé en un cuerpo de estatua griega. Hacía más de ocho años que trabajaba con Boris en asuntos comunes. Él como oficial de la Policía Judicial en la sección de investigaciones —situada en el edificio de enfrente— y ella como técnico de investigaciones criminales, TIC para los amigos.

—Me están pasando cosas raras —replicó Camille—. No he fumado en mi vida, pero esta mañana he tenido unas ganas locas de comprarme un paquete, de esta marca en concreto y con esta cantidad de cigarrillos. Así que lo he hecho. Es increíble. No tiene ningún sentido.

Su mirada se perdió en el vacío. El teniente Boris Levak comprendió que su colega había pasado otra noche de perros. Algo habría tenido que ver el calor asfixiante del tórrido verano, pero no era una cuestión puramente meteorológica. El rostro de Camille estaba marcado por el desasosiego.

—No tienes buena pinta. ¿Otra vez esa maldita pesadilla?

Habían hablado del tema tomando una copa, noches atrás. Camille no hablaba casi nunca de su vida privada —plana y monótona como un mar sin olas—, pero había sentido la necesidad de purgar sus tormentos nocturnos.

—Por sexta vez, sí. Exactamente el mismo guion. No sé ni qué significa ni de dónde viene. Esa mujer se dirige a mí en el sueño. Quiere que la ayude.

A Camille le bastaba con bajar los párpados para ver con precisión a la mujer: unos veinte años, desnuda, acurrucada en un lugar oscuro, tal vez un sótano o una cueva. Con temblores, con frío, con miedo. Sus ojos negros clavados en los de Camille, que la observaba desde el sueño, como una espectadora impotente.

Y aquellos ojos pedían auxilio.

—Parece como si la hubieran secuestrado, o retenido en alguna parte. Está aterrorizada. Lo más raro es la claridad del sueño, los pequeños detalles que recuerdo. Como si fueran verdaderos recuerdos. Algo que..., no sé, que ya hubiera visto o vivido. Pero es imposible.

—Eso parece, sí.

—Tú ya me conoces, sabes muy bien que soy incapaz de creer en ese tipo de cosas, en todas esas chorradas de videntes, de premoniciones o de lo que sea, pero esto... Es tan inquietante que venga del interior de mí misma... Quizá tendría que profundizar en el asunto, hacer algunas investigaciones o ver a alguien que me ayude a librarme del sueño. No lo sé.

Durante las últimas semanas, Boris había notado a Camille bastante inestable. Tras su delicada intervención quirúrgica, parecía que estuviera cayendo por una larga pendiente. Sumida a menudo en sus pensamientos, nerviosa, a punto de explotar. Y todos aquellos periódicos que encar-

gaba en Francia y en el extranjero, de la semana anterior a su operación, lo atestiguaban. Estaba obsesionada incluso durante el trabajo, lo que le había valido alguna que otra llamada de atención por parte de sus colegas o de sus jefes.

—Todavía estás afectada por el caso de Aurélie Carisi —dijo Boris con tacto—. Te va a costar olvidar esas imágenes. Las pesadillas son simplemente el medio que tienen de salir de ti.

El caso de Aurélie Carisi... Le había tocado a Camille abrir el maletero del coche, a principios de verano, para la fijación de los hechos. Un hombre se había volado la cabeza en un camino forestal. Parecía el simple suicidio de un individuo depresivo, pero el tipo se había cargado antes a su hija de ocho años, a la que habían encontrado desangrada en el maletero. La historia de un divorcio que había terminado mal.

Aunque Camille estaba acostumbrada a ver cadáveres —más de quinientos desde el inicio de su carrera, y no siempre en las mejores condiciones—, no soportaba los de los niños y siempre se las apañaba para que alguien se ocupara en su lugar. Cualquier psicólogo le diría con toda probabilidad que semejante bloqueo estaba relacionado con su propia infancia, con el miedo a morir que la atenazaba desde pequeña.

—No, no tiene nada que ver con ese asunto —dijo—. Esta pesadilla es otra cosa. La mujer desconocida del sueño tiene unos veinte años. Aurélie tenía ocho. Y unos rasgos muy marcados, como de etnia gitana.

—La pequeña Aurélie también tenía unos rasgos muy marcados. Además, había colillas en el cenicero del coche del padre, y un paquete de cigarrillos en el asiento del acompañante. Tendría que comprobarlo, pero es muy posible

que fueran Marlboro Lights, un paquete de quince. ¿Cómo lo explicaría aquel psicoanalista? Los sueños sólo son símbolos, ¿no es cierto? ¿Acaso no te diría que en un sueño una niña real puede aparecer bajo los rasgos de una mujer?

—No sé. Quizá tengas razón.

Al levantarse, Camille tropezó con una especie de caja de herramientas en la que había todo el material necesario para una rápida intervención en el lugar de los hechos: el maletín de la Policía Científica.

—No has venido sólo para darme palique de buena mañana, por lo que veo. ¿Qué tenemos?

—Un homicidio. Acaban de avisar a tu jefe. ¿Te sientes con fuerzas?

—No, la verdad es que no, pero no tengo elección. No hay que hacer esperar a los muertos.